

II

Mas ¡qué raro es que el hombre se eleve por el poder y por la fuerza sin dejarse seducir por el orgullo! También la Escritura Santa se vale igualmente del Aguila como de un símbolo para designarnos á las almas orgullosas, porque éstas, á semejanza de las águilas, quieren fijar su mansión en las cumbres de las montañas y de las rocas escarpadas. De esas almas hablaba el Señor por boca del Profeta Jeremías, diciéndoles: "Aun cuando pongas tu nido como el Aguila allá en lo más alto, de ahí sabré sacarte."¹ Este mismo lenguaje nos lo repite en otro lugar: "El Señor destronó á los poderosos y ensalzó á los humildes."² Estas palabras son de María, voz de la humilde paloma. Las águilas fueron arrancadas del nido donde se complacían orgullosas; la paloma, por su humildad, fué elevada sobre los coros de los Angeles.

III

Si á pesar de eso nos concretamos á considerar solamente el vuelo de ese noble pájaro que segun la órden del Creador sube majestuosamente hácia el cielo, desdeñando los lugares bajos de la tierra, cuyos ojos arrogantes y perspicaces no se cierran ni delante del sol, ¡oh! entónces el Aguila viene á ser para nosotros la imágen de esas almas grandes y santas, que no gustando de las cosas terrenas, lo mismo que San Pablo, tienen su conversacion sobre las cosas del cielo³ donde algun dia transformadas y gloriosas contemplarán la luz divina.

"Dios miraba los nobles ímpetus de estas almas—continúa diciendo San Gregorio—cuando hacia á Job esta pregunta: "¿Es acaso por permission y mandato tuyo por lo que se remontan las Aguilas?" Porque, en efecto, nuestros propios esfuerzos serian siempre impotentes si el soplo de la divina gracia no nos sostuviera para arrebatarnos hácia el cielo.

En vista de esto, solo esperaré en Vos, ¡oh Señor! "Aquellos que esperan en Él—dice Isaiás—hallarán nuevas fuerzas, tomarán alas como águilas, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán."⁴ ¡Oh! ¡y cómo me alienta y reanima este pensamiento! La ciencia que infla no da alas; éstas vienen al alma solamente por medio de vuestra gracia misericordiosa. Porque Vos, ¡oh Dios mio! "sabeis destruir la sabiduría de los sabios y desechar la prudencia de los prudentes,"⁵ transformando en águilas únicamente á aquellas almas que saben esperar en Vos. Así es que

1 Jerem. XLIX, 16.

2 Luc. I, 52.

3 Job. XXXIX, 27.

4 Isai. XL, 31.

5 I Corint. I, 19.

yo no deseo ni os pido el orgullo de la Aguila, de un espíritu vano y de una gloria efímera; no, lo que quiero y lo que os pido solamente, es el vuelo del Aguila para elevarme hasta Vos, y el ojo del Aguila para tener la dicha de veros y contemplaros.

IV

Ninguno tiene más mérito aquí abajo para ser comparado con el Aguila, que el Evangelista San Juan. Además, el Aguila es el símbolo que le atribuye la Escritura Santa, el que la Iglesia le asigna.

San Gregorio hace resaltar como una sublime analogía entre el ave que fija sus ojos en el sol naciente y en el Apóstol que con su mirada penetra la inenarrable generacion del Divino Verbo.¹ Y á su vez, San Agustin explica por qué entre los Evangelistas San Juan es el que se asemeja al Aguila, diciéndonos:² "que este Apóstol, por su predicacion, se elevó á una altura á donde no pudieron llegar los otros, elevando al mismo tiempo "con ella nuestros corazones."

Los otros Evangelistas parece más bien que se detienen al nivel de la tierra con Dios hecho hombre, y que por lo mismo hablan ménos de su divinidad. Pero San Juan, lanzándose con una impetuosidad que truena en nuestros oidos desde la primera palabra de su Evangelio, tomando en seguida su vuelo, se eleva sobreponiéndose no solo á la tierra sino á las regiones celestiales, pasando sobre los ejércitos de los Angeles y sobre todos los coros de las potestades invisibles, hasta llegar á Aquel por quien han sido hechas todas las cosas, revelándole en estas palabras: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios."³

¡Oh Juan! ¡tú descansabas allá en el Cenáculo sobre el corazon de tu divino Maestro: escogiste el nido del Aguila, y al abandonar tu reposo dijiste con David: "Me dormí, y luego me levanté."⁴ El Aguila salió de su nido, y desplegando las alas, se encumbró hasta perderse allá en los inefables secretos de la divinidad.

V

San Gregorio compara al Divino Salvador en el misterio de la Ascension al ave que se eleva al cielo.⁵ Mas otros Santos Padres nos dicen:⁶ que el ave cuyo vuelo nos recuerda la ascension del Señor, es principalmente el Aguila que no gusta más que de los lugares elevados, siguiendo

1 Greg. Moral. XXXI, 47.

2 Aug. tract. in Joan VIII, 36.

3 Joan. I, 1.

4 Ps. III, 6.

5 Greg. Moral. XXXI, 47.

6 Ambr. serm. in Dom. IV, post. Pent.

en las más encumbradas regiones del aire aquellos misteriosos caminos desconocidos del todo á los ojos de los hombres. ¹

El Salvador, durante su vida mortal, no hizo más que tocar muy levemente la tierra sin contraer ninguna de nuestras manchas y sin apearse á nuestros bienes perecederos: terminada que fué su misión, se vuelve pronto á la patria celestial.

Ya hemos dicho que el Aguila no se aproxima á la tierra sino para afianzar su presa, robándosela y levantándola en el acto. "En esto precisamente"—dice San Ambrosio—simboliza el Aguila al Divino Salvador. ² Porque así como el Aguila para apoderarse de la presa que codicia, escoge un lugar desde donde más fácilmente pueda arrojarse sobre ella, así también el Salvador, suspendido desde luego en el árbol de la cruz, desde aquí, con un ruido como de trueno y con un golpe terrible de sus alas, va á libertar hasta el fondo de los infiernos al hombre que estaba cautivo bajo la dominación del demonio. Él lo vuelve á ser cautivo á su vez, y cargado así con tan noble despojo, vuelve á entrar victorioso en el cielo, siguiendo la expresión del Salmista, que dice: "¡Oh Dios mío! ¡Vos habeis subido triunfante á los cielos conduciendo un ejército de cautivos para recibir ahí aquella abundancia de dones que habíais de derramar sobre ellos." ³

VI

Es doctrina constante del Apóstol San Pablo, que el hombre viejo que es Adán, se oponga al hombre nuevo que es Jesucristo.

Mientras no hemos sido regenerados por la gracia, pertenecemos al hombre viejo, y el Apóstol nos exhorta sin cesar á despojarnos de la antigua vestidura de Adam para revestirnos de Jesucristo y entrar en seguimiento suyo á una vida del todo nueva. ⁴

Los Santos Padres aplican ordinariamente á este fenómeno maravilloso de la renovación de nuestra alma por Jesucristo, aquella palabra figurada de David: "Tu juventud se renovará como la del Aguila." ⁵ Y ya sea que este hecho del rejuvenecimiento del Aguila merezca nuestra creencia, como dice San Agustín, ⁶ ó que no tenga más fundamento que la opinión general, al menos, lo que está fuera de duda, es que la Escritura Santa nos hace mención de ella, y no sin motivo la propone á nuestra meditación. Dejemos á un lado, si queremos, la exactitud del hecho material, pero practiquemos con fidelidad lo que este hecho nos simboliza.

Oigamos ahora lo que á este propósito nos dice San Ambrosio: "Anunciándonos que nuestra juventud se renovará como la del Aguila, el Sal-

¹ Prov. XXX, 19.

² Ambr. serm. in Dom. V, post. Pent.

³ Ps. LXVII, 19.

⁴ Ephes. IV, 24.

⁵ Ps. CII, 5.

⁶ Aug. in Ps. LXVI, 10.

"mista nos profetiza la gracia del bautismo. El Aguila se rejuvenece en este sentido: despojándose de las plumas viejas, se atavía con otras nuevas como de una vestidura juvenil, asemejándose entonces de una manera positiva al polluelo del Aguila, porque sus alas, aun torpes y sin experiencia, deben poco á poco ir ejercitándose en el vuelo. Esto mismo es lo que sucede con nuestros neófitos: cuando se presentan al bautismo, se despojan de la vestidura vieja del pecado y se revisten con la nueva de la santidad; entonces reviven verdaderamente, porque reciben la gracia de la inmortalidad; y así como el Aguila se rejuvenece asemejándose á sus hijos, así también los neófitos se transforman en niños.

"Notemos además—agrega el mismo Santo—que David no dice: vuestra juventud se renovará como la de las águilas, sino como la del Aguila: porque él no ha visto más que una sola, cuya juventud se renueva en nosotros: esta Aguila es Jesucristo que se rejuveneció como el Aguila el día de su gloriosa resurrección." ¹

En Vos solo, ¡oh Jesús mío! puedo yo volver á encontrar una juventud inmortal, y solo Vos podeis dar á mi juventud la fuerza y el apoyo que necesita. Sed para mí como el Aguila que enseña á volar á sus polluelos, que vuela por encima de ellos, que extiende las alas y los lleva cargando sobre sus espaldas. ²

Volais por encima de mí, Señor, cuando traeis á mi memoria vuestras enseñanzas y divinos ejemplos; extendéis sobre mí vuestras alas, cuando hacéis que sienta mi pobre corazón el dulce calor de vuestro amor, y me lleváis sobre vuestras divinas espaldas, cuando arrebatado por vuestra gracia me voy apoyando sobre ella hasta llegar á la mansion del reposo eterno de la gloria.

VII

Los Aguiluchos lamen la sangre, y en cualquier lugar donde se halle un cuerpo muerto, en el instante se precipita el Aguila sobre él. ³ Jesucristo, en su Evangelio, hace mención de esta última palabra del libro de Job aplicándosela á Él mismo; pues queriendo prevenir á sus discípulos contra la aparición de los falsos Cristos, los exhortaba á desconfiar de aquellos que habian de decirles: "Cristo está aquí, ó está allí." Mas "¿dónde está el verdadero Cristo?"—replicaban ellos—y Jesús les respondía: "Allá donde estuviere el cuerpo estarán las águilas:" ⁴ y los Santos Padres nos dicen unánimemente, que el cuerpo, en cuyo rededor se han de reunir las águilas, es el mismo del Hijo del hombre.

"Para determinar cuál sea este cuerpo—dice San Ambrosio ⁵—forme-

¹ S. Ambr. serm. in albis, set. Pascha.

² Deut. XXXII, 11.

³ Job. XXXIX, 30.

⁴ Mat. XXIV, 23-28.

⁵ Ambr. in Evang. Luc. VIII, 18.

“mos desde luego nuestro juicio respecto de lo que pueden ser las águilas. Sin duda que éstas son las almas de los justos, que menospreciando la tierra, solo aspiran al cielo.” Opinando de esta manera ¿no mencionamos también el cuerpo cuya presencia atrae las águilas? Cuando José consigue que Pilatos le entregue el cuerpo de Jesucristo, en el mismo instante las águilas se agrupan á su rededor: ved á María Cleofas, á María Magdalena y á María, Madre de Jesus, esto es, á todo el colegio apostólico. Y este mismo Santo Doctor tiene cuidado de advertirnos que el cuerpo de Jesucristo no era solamente aquel que había tomado durante su vida mortal en una forma semejante á la nuestra, sino que al mismo tiempo era aquel cuerpo del cual nos había dicho: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.”¹

“Igualmente podemos decir que el cuerpo místico de Jesucristo es la Iglesia, y que al rededor de ella se reúnen las águilas, porque jamás le ha faltado ni la santidad, ni la ciencia ni nada de aquello que atrae y eleva á las almas. Mas las águilas no rodean la Iglesia sino á causa de la presencia real de la divina Eucaristía: hé aquí la sangre que gustan los águiluchos, y el cuerpo que nutre á las águilas.”²

En una de las salas del Vaticano, donde la pintura cristiana ha reunido sus más bellas obras, se deja ver entre otras un admirable cuadro que generalmente se denomina con el nombre de “*La disputa del Santísimo Sacramento*.” contemplémoslo por un momento. En la parte superior del cuadro, los Angeles y los Santos forman dos arcos que despiden rayos de luz rodeando al Padre Eterno: toda esta augusta asamblea, arrobada en éxtasis, contempla á la humanidad santa del Divino Salvador, majestuosamente sentada entre su Santísima Madre y su glorioso Precursor. Esto, digámoslo así, es la representación del cielo.....! Dirigiendo despues nuestra vista, vemos bajo del cielo á la Iglesia, en su manifestación más sublime, no teniendo mas que un solo pensamiento: la adoración, el amor y la glorificación del Santísimo Sacramento. En el centro, la hostia divina aparece sobre el altar, y de ambos lados formando círculo, hermosos grupos de los Personajes más ilustres de la Iglesia. Aquí, aquellos grandes Doctores que la han iluminado con su sabiduría y su elocuencia; allá, los Poetas y los Artistas que más la han engrandecido con las obras clásicas de su génio. Distinguimos á San Agustín y á San Gerónimo, á Santo Tomás de Aquino y á San Buenaventura, y con estos Santos, unidos y enlazados bajo un mismo pensamiento y un mismo culto, al Bramante, á Rafael y al Dante, celebrando todos reunidos al Divino Sacramento, que sobreexcede á todos los cánticos y á todas las alabanzas juntas, y todos adorando bajo los velos eucarísticos á Aquel á quien los Angeles y los Santos contemplan arrobados en la gloria. Ahí se ven unidos el cielo y la Iglesia; mas el punto de vista donde todos tienen fijas sus miradas, es el Sacratísimo cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. “Allá donde está el cuerpo se reúnen las águilas.”

¹ S. Joan. VI, 56.

² Job. XXXIX, 30.

Saliendo del Vaticano, me voy léjos, apartándome de los esplendores de la ciudad eterna y entro en la pobre iglesia de una aldea... y ahí descubro cerca del Tabernáculo algunas gentes sencillas que están en oración. Estas no tienen ni la ciencia ni el génio, y sin embargo, veo que estas pobrecitas almas tienen alas para volar hácia Dios. ¡Cuánto candor! ¡cuánta pureza de vida! ¡Qué de sacrificios para el prójimo! ¡cuánto menosprecio por las cosas de la tierra, y qué de elevaciones por las cosas del cielo...! ¡Oh divina Eucaristía! esas almas que así se congregan á vuestro derredor, á semejanza de las águilas, no tienen otro pensamiento más que el de la adoración y el del amor.—Porque “donde está el cuerpo ahí se reúnen las águilas.”¹

¹ S. Mat. XXIV, 28.